



Mientras se acentúa el acoso al Gobierno, los militares urden sus planes. En la foto, el general Videla, miembro de la Junta de Comandantes.

### LOS PREPARATIVOS MILITARES

El 25 de mayo de 1973, fecha en que asumió el Gobierno el doctor Héctor J. Cámpora, el pueblo se volcó a las calles de Buenos Aires insultando, e inclusive apaleando, a cuanto uniformado encontró en su camino. Hoy, a pesar de la actitud suicida asumida por la viuda de Perón al negarse a abandonar la Casa de Gobierno y de las insistentes declaraciones de los dirigentes de la oposición en favor de la continuidad constitucional, la posibilidad de una intervención militar va ganando cada día más adeptos.

La razón de este cambio no es más que el reflejo de una frustración. Los siete millones y medio de ciudadanos que votaron la fórmula peronista esperaron infructuosamente, a lo largo de tres años, el cumplimiento del programa que suponía la construcción de "una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana". Sin embargo, no sólo persisten las injusticias sociales. La dependencia política y económica de los Estados Unidos, con las nefastas consecuencias que esto implica, se incrementó en forma considerable. La deuda externa alcanza la cifra de 9.000 millones de dólares, lo que significa el 30 por 100 más que en 1973, en tanto se prevé la suspensión de pagos, ya que las reservas de divisas son prácticamente inexistentes.

Ante este panorama desolador, la posibilidad de que alguna alternativa de izquierda gane la voluntad popular es impensable. Por el contrario, todas las miradas convergen hacia los cuarteles. La prensa argentina no deja de recoger, como "versio-

nes dignas de crédito", las cotidianas deliberaciones de los altos mandos dando por sentado que el golpe de Estado es cuestión de horas. La revista "Última Clave", en su reciente edición, dio a publicidad una entrevista donde un alto jefe castrense —supuestamente el general Viola, máxima autoridad del Estado Mayor del Ejército— se explaya sobre las características que tendría el alzamiento. Según sus declaraciones, el nuevo Gobierno trataría de conservar todas las libertades compatibles con una severa política destinada a "recuperar el país". Aseguró, por otra parte, que no se alentarían modelos como los de Brasil o los de Chile por su elevado costo social, así como también descartó el régimen peruano por no adecuarse al desarrollo económico argentino.

Otras publicaciones, que se destacan por su probada relación con los militares de mayor jerarquía, informaron que, durante la primera etapa, el Gobierno lo ejercerá la Junta de Comandantes en Jefe, compuesta actualmente por el general Jorge Videla, el almirante Emilio Massera y el brigadier Orlando Capellini. Los Ministerios del Interior, Economía, Trabajo y Bienestar Social serán conducidos por el Ejército, en tanto a la Marina le corresponderán los de Relaciones Exteriores y Educación, y a la Fuerza Aérea, los de Defensa y Justicia. La segunda fase del proceso se iniciaría a los cuarenta días de haber asumido el poder. Esta consistiría en una reorganización del Gabinete para incluir, de ser posible, algunos civiles que compartan la política de los uniformados.

Lo que en ningún caso se pronosticó con certeza fue la hora y el día en que se consumará el golpe. Aunque el grueso de los observadores políticos vaticinan que se producirá antes de que finalice el mes de marzo, las Fuerzas Armadas prefieren no adelantarse a los acontecimientos como en otras oportunidades. Pacientemente urden sus planes operativos y aguardan a que el Gobierno se derrumbe solo, asediado por las luchas intestinas del Justicialismo y las huelgas obreras. Esperan, en definitiva, que el descontento popular les permita acceder a la conducción del país sin que los sangrientos recuerdos de las anteriores dictaduras estorben su futura intervención. ■

EDUARDO P. KRAGELUND.

## Los Contemporáneos

### SER O NO SER

**E**STOY tratando de asociarme. Conmigo mismo, sobre todo, porque tengo una gran tendencia a disgregar mi personalidad, y sabido es que para vivir en esta sociedad hay que luchar contra las propias tendencias. Me gustaría que los diversos seres que en mí conviven —mal— se asociasen. En cuanto la ley se lo permita. La ley que ha ido a las Cortes, sin embargo, me inquieta. Yo creo que no tengo ningún interés en crear un Estado totalitario: apenas pretendo crear la totalidad de mí mismo. Pero, ¿quién va a decidir si yo soy o no soy totalitario? ¿Me van a creer cuando yo diga que no lo soy o creerán a cualquiera que me acuse? Me temo que tienen más credibilidad que yo. Cuando yo diga que los totalitarios son ellos y lo han sido siempre, no me van a creer y no los van a disolver. Ya dijo el señor Ruiz Gallardón que en España es más grave o peligroso —se lo oí yo mismo en la televisión— el totalitarismo de izquierda que el de derecha. Claro, es más subversivo. Y les veo dispuestos a decir que yo soy un totalitario de izquierdas, que es lo malo.

En cuanto a los problemas de moral, yo siempre he tenido un extraño interés en el sexo; o más bien el sexo —mi propio sexo— ha tenido un interés en mí, en movilizarme de alguna manera y en dirigirme, sin duda por una aberración de la que me siento avergonzado, hacia el sexo contrario. Ya sé que esto es algo que debería reprimir y, desde luego, no tengo ninguna tendencia al exhibicionismo ni al amor en la plaza pública. Pero me pregunto otra vez quién habrá de decidir si mi comportamiento —que es, lo aseguro, muy moderado— ataca o no la moral.

¿Y si deciden que soy subversivo? Es una expresión que para mí ha sido siempre un enigma. Hay cosas que no me gustan, pero a lo mejor si lo digo soy subversivo. No sé en qué consiste la subversión. La idea de que los subversivos son los que acusan de subversivos a los demás me ronda desde que leí a Lévi Strauss decir que los salvajes y los bárbaros son los que acusan de salvajes y bárbaros a los otros. ¿Será subversivo Lévi Strauss? ¿No tiene bastante desgracia con ser estructuralista en un mundo sin estructuras?

Quizá sea mejor no asociarme. Tal vez sea preferible dejar divagar por el ámbito de la alcoba la colección de vos (¿o habrá que decir nosotros? ¿Puede tener plural yo? ¿Habrá alguna ley que prohíba escribir yo en plural?) y no dejarles nunca reunificarse. No llamarles nunca a reunirse dentro de mí mismo. No vayan a formar una asociación totalitaria, subversiva, inmoral, contraria a la unidad de la patria; no vaya a ser que tengan algún reparo que hacer a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Mientras sean ellos los que me examinen, analicen, califiquen; los que me puedan multar, sancionar, disolver, dejaré en libertad a mis vos, flotantes en el aire de la alcoba. Tranquilos, sosegados. Más bien libres. Cada vez más la libertad va consistiendo en no ser; pero no se sabe si ellos le van a dejar a uno esa última libertad de no ser y le van a obligar a ser.

Si me obligan a ser, seré. Pero estoy seguro de que no les va a gustar lo que voy a ser.

POZUELO